

# La vida horrorosa de los trabajadores en las plantaciones de caucho

Numerosos son los árboles en los bosques del Brasil. Sus nombres no son conocidos nada más que de los botánicos. Hay uno, por ejemplo, que se llama "hevea". Es un árbol corpulento, de espeso follaje y corteza estriada de color gris claro, un árbol ordinario hubiera podido permanecer en los bosques del Brasil en medio de los demás árboles. En el Brasil la gente vive como en el bosque: lentamente, con prudencia, en la arididad. Pero en el norte, en Nueva York, la gente tiene prisa por vivir: sin duda teme morir demasiado tarde. En París, en Londres, en Berlín, en todas partes la gente se apresura. Allí no hay árboles de espeso follaje. En cambio hay muchos automóviles. Cada día hay más. El modesto árbol de estriada corteza ha salido de la selva. De repente los ingleses, los holandeses, y los franceses se han enamorado de él. Todo yanqui de buen sentido sueña con él ahora. El árbol se ha vuelto innumerable. Todos los bancos del mundo se inquietan por su suerte. Se habla de él en las notas diplomáticas. Al enumerar los aviones o al calcular la potencia militar de un nuevo acorazado. Los ministros piensan siempre en este mismo árbol

astriado. Sin embargo, ellos no saben siquiera que este árbol tiene la corteza estriada: ellos no lo han visto nunca. No hacen más que darse prisa a vivir y para ello necesitan automóviles. En Java y en la isla Ceylán, en la península de Malaca y en Indochina, durante las dulces veladas, entre la fiebre y la tristeza, entre los cantos y las piastras, entre las lágrimas y los amarillos dolores, caballos árboles mueren lentamente. Tienen un murmullo tímido y significativo: el mismo que el de las acciones de la Rubber Association. Los hombres blancos los producen divididos, a los amarillos les acarrea la muerte. Murmuran porque la vida su ramaje hay miseria y hay avidez. Murmuran durante la noche porque todas las mañanas los coolies desnudos, armados de cochillos de gan chuda hoja, hinciendo la tierra corteza gris y reavivan con golpe de espada las viejas llagas. Los coolies y los árboles se comprenden. Ambos pierden por igual su sangre, pero la sangre de coolie no tienen ningún valor y no se habla de ella. La sangre blanca como la leche de árbol de follaje espeso es en verdad preciosa. Cotizase en todas

## La corteza de los árboles de caucho se hiere con cuidado y arte. En cambio sobre las espaldas del coolie hambriento, se descargan latigazos bárbaramente y en todas direcciones

las bolsas del mundo. Enloquece a los hombres. Por ella están dispuestos a cada momento a derramar torrentes de sangre humana. Los árboles lo saben y murmuran compadecidos. Las llagas de su corteza no se cicatrizan nunca.

Mr. Davies tiene mil hectáreas de plantaciones. Mister Davies tiene 350.000 árboles. Mr. Davies tiene mil coolies, un coolie por cada trescientos cincuenta árboles. La sangre lechosa destila en las copas. Cada árbol produce dos kilogramos al año. Mr. Davies recoge 700.000 kilogramos de caucho cada año. Habita en una casita encantadora. Tiene tres limusines. Tiene un campo de tenis, un pitón amaestrado y, finalmente, un abultado manual de recetas de cocktail. El pitón caza a las ratas como el gato más vulgar. Mr. Davies, en sus horas de ocio, fabrica nuevos y misteriosos cocktails: "South Pole" o "Queen Alexandra". Mr. Davies se aburre. Padece de fiebre de los trópicos, no tiene a nadie para jugar el tennis.

Mr. Davies paga a sus coolies cuarenta centavos por día. Un cocktail le cuesta mucho más caro. Exclama: —Ni un centavo menos!

Mr. Davies come sin apetito. ¡Oh! ¡Qué calor hace! Y todas estas malayás, estas hindúas, estas chinas no acaban de gustarle. Huele a plátano podrido, a humedad y a murgio. Y una mujer como es debido debe oler a ropa blanca y a jabón de glicerina: tal era el olor de Annie. Mr. Davies absorbe amarga quinina. Morirá en Penang. Los árboles de espeso follaje, los árboles de que brotan los dólares, lo tienen preso. Asesta un latigazo a un boy y acaricia tiernamente la corteza de color gris claro. Continuamente nuevas y nuevas construcciones. Contrata nuevos coolies. Le da miedo mirarse al espejo. El propietario de miles de hectáreas está muerto. Verdaderamente muerto, como están muertos sus coolies. Está muerto como sus árboles sangrados en todos sentidos. Pero el caucho vale en Liverpool cuatro chelines y cinco peniques y en esta tierra los hombres tienen prisa por vivir. Muerto, Mr. Davies prepara sus cocktails. El pitón, harto de ratas, se ha dormido, para muchos días, se ha dormido con su último sueño.

Los coolies proceden de la India y de la China. También se les importa de las islas de la Sonda. Centenates de miles de coolies se encorvan bajo los árboles de espeso follaje. En Malaca les pega Mr. Davies; en Java, el holandés Van Kroog; en Indochina, un neutral de Casosona; Mr. Gaston Balthazard, hijo de perfumista y admirador de Rostand.

Los blancos renegan en idiomas diferentes; pero todos tienen la misma catata en la mano. ¡Qué horror! Los coolies son perezosos e incomprendibles. Prefieren el opio y el sueño a los dólares. Los blancos defienden la cultura, la de Grecia y la de Roma. También defienden el caucho. Las espaldas de los coolies, como la corteza del hevea, se hallan plagadas de cicatrices. Si mueren se importan otros para reemplazarlos. De molarlos se encargan las factorías, la policía y el hambre.

Cuando el árbol de espeso follaje tiene siete años cumplidos se le empieza a sangrar. Cuando un pequeño hiedú llega a los siete años se le contrata en las plantaciones. Cuena diez centavos por día. Con esto tiene prisa comer: unos manojos de arroz. ¿Qué puede hacerle falta a un minúsculo hiedú? Sus piernas están débiles todavía y no le

El rechazo de las compañías de caucho del libro "Citroen" de Erenburg, para que los trabajadores q' no lo haya leído se den una idea de lo insignificante que es un trabajador coolie en una plantación de caucho. Lo más probable es que a los peones costarricenses que vayan a trabajar en las plantaciones de caucho q' emprenderá la Good Year no les irá mejor que a los coolies

es posible seguir a los demás. Le entran ganas de pararse a coger una lagartija o a ponerse un estarabajo en la espalda. Entonces el vigilante, el terrible kangani, trazará en la broncada espalda un fino surco rojo.

—Un hombre se ha escapado. Ha sido cogido un hombre.

—Veinticuatro, veinticuatro. El coolie no se irá.

—Y los coolies? Los coolies no piensan. Los coolies mueren como santos sin tener que sobrelevar la carga de las ideas. Mueren en silencio y es denciosamente. En las plantaciones de Fu-Reig, pertenecientes a la casa Michelin y Cia, ha muerto en un año, la tercera parte de los obreros.

En las plantaciones Holroyd de mal coolies no quedaba a fines de año más que quinientos treinta y seis. Todos los demás habían muerto.

Si el coolie no sabe morir se solo se acude en su ayuda. Para consuelo de los indígenas existe la R. A. y la R. O., esto es, la Reglamentación del alcohol y la Reglamentación

del opio. No hace mucho que un gobernador general de Indochina enviaba a sus representantes una circular que comenzaba así:

"Tengo el honor de rogarle que haga lo posible por asegurar los esfuerzos de mi ministro en el establecimiento de nuevas expeditivas de opio y de alcohol. A tal efecto me permito remitirle una lista de los establecimientos que podrían instalarse en los diversos poblados mencionados, la mayoría de los cuales se hallan privados totalmente de opio y de alcohol."

Este gobernador general tiene fama de exquisito aficionado a las artes. Acaso se encuentre en su biblioteca una edición príncipe de los "Paraisos artificiales". Pero el señor gobernador general no es solo un esteta; es también, un hombre de Estado. Por ejemplo, sabe lo que es un presupuesto. El coolie es incapaz de entregar su última piastra por un poco de opio.

Para gran regocijo de los señores Michelin y Homberg corren hacia Francia navios cargados de blancas planchas de caucho. Los coolies han trabajado con ahínco; pero, por lo demás, sus esfuerzos eran desinteresados todo el dinero q' han perdido se halla en el bolsillo de los propietarios de la R. A. y de la R. O.

En cambio, los coolies mueren con una sonrisa en los labios. Al morir tienen visos conmovedores, como los paisajes de Henri Rousseau, visos que podrían enternecer hasta las lágrimas al señor gobernador general.

En el transcurso de la jornada

nada, Mr. Davies se ha enterado de que un coolie había intentado robar una libra de caucho. Mr. Davies ha dado órdenes para que el malhechor reciba treinta golpes bien dados.

El coolie que ha recibido treinta golpes bien dados no duerme. Tose, y en la tierra que tan bien conoce la blanca sangre el hevea cae un coágulo rojo; antaño, el coolie no sangraba los árboles, sino que transportaba a los plantadores, en un cochecito de mano. El coolie no puede hablar: de su garganta sólo sale un estertor. Está muy enfermo. No, no está enfermo se muere. El coolie se arrastra hasta el templo. Allí ve a Dios. Un Dios de bronce. Un Dios tranquilo e incomprendible. El gordo Buda sonríe

exactamente lo mismo que el hombre de caucho en los muros de Francia. Pero Buda no tiene prisa. Está inmóvil en la frescura del templo. Allí permanece un año, un siglo, toda la eternidad. A los pies de Buda inscripción: "Unos vendrán a mí por la vía del heróismo, otros por la vía del sacrificio, los terceros por la vía de la fatiga, y por esta última todos vendrán a mí". El coolie no sabe leer, pero el coolie está muy fatigado. Durante diez años ha estado transportando gente, y durante cuatro años ha estado sacando los árboles. Ahora está tendido en tierra delante de Dios, y Dios no le promete nada más que una cosa, esa única cosa que pueden prometer hasta los rechonchos dioses de bronce: una paz magnánima.

En la Municipalidad

## En lucha contra los chinchorros donde se muere lentamente la población obrera de San José

A continuación publicamos el proyecto de construcción de una barriada obrera presentado por nuestra fracción en la municipalidad de San José. Como lo dice la introducción que precede al arbolado del proyecto, nos proponemos eliminar los "chinchorros" indeseables con que hacen negocio Marciano Blanco, el rotario Nicolás Montenegro y otros "honorables" usureros.

El proyecto de nuestra fracción pasó a comisión. La presión de las masas pobres de San José debe ejercer sobre el municipio para que el proyecto de la fracción roja no sea enterrado entre montañas de papeles, como ha sucedido con varios otros proyectos favorables a la población trabajadora de la ciudad que en diversas oportunidades han presentado nuestros regidores.

"Señores Regidores: Es uno de los más graves problemas confrontados por la ciudad de San José, el de sus pésimas condiciones sanitarias. Esas condiciones deficientes de higiene, explican que esta ciudad sea pasto de epidemias frecuentes, que hacen sus víctimas muy especialmente en la población infantil y adolescente. Las actuales epidemias que tienen alarmada la ciudad, y que han obligado al cierre apresurado de las escuelas, es una comprobación visible de lo que afirmamos.

¿Dónde radican las causas de que San José sea una ciudad tan insalubre? Ya nos lo ha dicho aquí el propio médico jefe de la sanidad municipal: El estado lamentable en que están las barriadas obreras de la ciudad; y en las increíbles condiciones antihigiénicas de innumerables viviendas urbanas, y en primer término de las casas conocidas en San José, con el nombre de "chinchorros".

La fracción comunista está dispuesta a sistematizar sus esfuerzos para que el problema de la higienización de la ciudad, sea enfocado por esta Corporación. Por eso, presento ya un proyecto para higienizar los barrios del Sur de la ciudad. Y ahora va a presentar a la consideración del Municipio, un segundo proyecto tendiente a la construcción de un lote de casas baratas, destinadas a suministrar albergue al mayor número posible de las personas actualmente condenadas por su extrema pobreza, a vivir en esos chiqueros llamados "chinchorros".

Antes de esbozar nuestro proyecto vamos a hacer algunas consideraciones breves. No creemos necesario insistir mucho en el estado de ruina, suciedad e inmundicia en que se encuentran esos chinchorros. Nosotros, cuando llegamos al municipio en cumplimiento de uno de los puntos del programa electoral, agitado por el Partido, tratamos de hacer cumplir la disposición legal que ordena la demolición de esos edificios en estado semi-ruinoso y carentes de los más simples requisitos sanitarios. Pero nos encontramos con este problema, y donde se meterán los habitantes de esos chinchorros? En San José no hay casas baratas de alquiler; y los que viven en esas pocilgas son personas que, por carecer de trabajo o por devengar salarios muy reducidos, están imposibilitados para alquilar una casa. Estuvimos buscando la forma de obviar el problema y el resultado de nuestras observaciones al respecto es el siguiente proyecto de acuerdo que presentamos a la consideración de la municipalidad:

Art. 1º.—La municipalidad construirá, en el plazo mínimo posible, una barriada obrera situada en un terreno municipal.

Art. 2º.—Esa barriada se destinará a dar alojamiento a aquellas familias instaladas en chinchorros que la Agencia Principal de Policía Municipal ordene construir; y que por su extrema pobreza, no estén en condiciones de pagar el alquiler de otro inmueble.

Art. 3º.—Las casas así construidas serán de propiedad municipal; y se darán en uso a las personas pobres antes dicha, que carezcan de medios económicos para pagar arrendamiento.

Art. 4º.—El uso estará condicionado al cambio de situación económica del favorecido. En cualquier oportunidad en que, previa información, se compruebe que dispone de ingresos fijos mayores de ciento cincuenta colones mensuales, la Municipalidad le fijará un alquiler sobre la propiedad, que no podrá ser mayor de quince colones mensuales.

Art. 5º.—Tomando en cuenta que habitará esta extrema pobreza, se eximirá a sus habitantes del pago de toda clase de impuestos municipales (agua, cordón, baño, etc.).

Art. 6º.—Como primera partida para el cumplimiento de este acuerdo, se destinará el producto de la venta o hipoteca de los terrenos de propiedad municipal conocidos con el nombre de "Plantel de Pavimentación".

San José, 21 de noviembre de 1935.

Guillermo Fernández—Rafael Arias—Carlos Madrid A.

## Omar Dengo Hombre incómodo

Habla un discípulo de Omar Dengo

Pensando en don Omar, en estos días en que va a cumplirse el séptimo aniversario de su muerte, se ha ido delineando en mi mente, cada vez con mayor precisión este concepto: "Omar Dengo fue un hombre incómodo". ¡Incómodo, eso es! En un mundo en que todos buscan su comodidad, y nada más que su comodidad, Omar Dengo que no la buscó nunca, que pensó, que habló, que actuó, que vivió con sinceridad y honradez, tenía que ser terriblemente incómodo. ¡Oh, imagino cómo, muchos de los que simulaban o simulan lágrimas sobre su tumba, sintieron un descargo, un amplio respiro, cuando él murió. ¿No era él, por ventura, un dedo, una voz, una conciencia acusadora para los que cabalmente habían scallado su conciencia por vivir más anchamente, más cómodamente? Con aquella su perspicacia, su lucidez mental, no era fácil engañarlo. Tras las actitudes tartarinescas y las voces proféticas de doctos y políticos, sabía él descubrir la mano del negociante, el doblez del mezquino interés personal, la petulante vaciedad de la ignorancia, la doblada cerviz del servilismo.

Austero, sencillo y recto, fue duro, mordaz muchas veces, con los que no buscan sino su provecho, con los que sólo piensan en llenar el estómago o halagar su vanidad, con los que no ven más que un "modus vivendi" en el puesto público, en el oficio o en la profesión. Fue duro, sobre todo, con los maestros flojos, serviles, de opinión ambigua, que por desgracia forman legión. Creyó que toda actitud del maestro debía surgir de su plenitud consciente, de su sincera investigación de la verdad y ser manifestada con valentía, como expresión, la más alta, de honradez y de reverencia hacia los destinos de la niñez confiada a su cuidado.

Por eso no era fácil ser amigo de don Omar. Todos saben que no fue hombre de muchos amigos. La verdad es que si fue muy amado fue también muy mal querido. Se le temía, se temía su juicio penetrante y recto que se hundía como filo acerado en las conciencias blanduchas.

Pero hoy, todos quieren olvidar a este don Omar severo, a éste que no callaba, ni se doblegó jamás ante nadie, a este don Omar incómodo, y sólo quieren acordarse de que fue suave, y dulce y sereno: de su palabra perfumada, de su amor a los niños y de otras cosas igualmente inofensivas. Y surgen en legión los que se dicen sus amigos, porque ya no temen las aceradas puntas de su crítica, ni su réplica violenta e indignada contra las actuaciones torcidas, porque le agradecen que haya muerto y que no les vea mangonear, arrastrarse servilmente, ni callar ante las terribles realidades del país.

¡Este don Omar violento y duro, cómo era grande, cómo era necesario y cómo era temido! Por eso su muerte hizo refolcizarse a tantos! Por eso nadie quiere recordarlo como su memoria lo merece.

Pienso uno en lo que sucedería si don Omar volviera y en cómo se echarían atrás, ocultando el rostro, muchos de los que hoy le dedican homenajes y hablan muy sentidos de su prematura muerte. Y no se echarían atrás de vergüenza, no, muchos no son capaces ni de eso, se esconderían de miedo!

Era, realmente, tan incómodo, tan difícil de contentar, tan impolítico en sus actitudes este don Omar de los "escrúpulos de monja", para tantos y tantos que habían tirado los suyos como cosa vieja e inservible, como un traje ridículo y pasado de moda!

Y es natural que don Omar resultara con "escrúpulos de monja" en un país en donde para medrar hay que despojarse de todos los escrúpulos y en donde a los escrúpulos más inteligentes se les llama "escrúpulos de monja".

Que resultara con escrúpulos de monja, quien cabalmente había dedicado su vida a despertar conciencia, a hacer conciencia, a abundar en su propia conciencia, a mantenerla alerta contra los engaños, coqueras y falacias surgidas sobre todo del amor propio y del propio interés, para dirigirse por las únicas verdaderas normas, estrictas y severas, del interés y del bien sociales.

Este don Omar estrecho, duro, incómodo; éste de los "escrúpulos de monja" para actuar y para juzgar a los sus escrúpulos, es el que mucha falta hace no sólo en la Escuela Normal, sino en el país y cuya muerte significó la pérdida de una gran conciencia vigilante de Costa Rica.

### RINCON LITERARIO

# De la Luna Roja

¿De dónde vine?  
¿De dónde vine, madre, de dónde vine? Soy el hijo de nadie... Tú servías en la casa rica. Tenías entonces dieciocho años. Eras una mocita campesina. Sabías muchas cosas: ordeñar vacas; encender el fuego; hacer la comida; lavar la ropa y aplancharla. Sabías muchas cosas, si, pero no sabías de dónde vienen los niños. No sabías que tu mocedad campesina provocaba como una fruta fresca. No sabías que los señores, aquellos a quienes tú servías, eran más sucios que los perros sarnosos de las calles. Que disimulaban su suciedad bajo ricos vestidos de casimir y su podredumbre con perfumes de Francia.

Ignorabas tu cuerpo, como el yurro ignora su corriente. Quisieron beber en tu agua hociocos sucios y tú, ignorante, te ofreciste a sus gustos de perversos.

Yo vine, si, de tu ignorancia! Vine de tus instintos sanos en el despertar de tu pubertad, y del Ayuntamiento de tu cuerpo virgen y puro con padre de los señores, aquellos señores en donde tú servías, barriendo la casa y limpiando los pisos.

Al principio te ruborizabas y te azorabas. Luego te dejaste agasajar. Los instintos, tenenos en tí, ofuscaron tu cabecita ignorante. ¡Ay, tu ignorancia me trajo a este cuartucho hediondo! ¿Recuerdas?, tú no sabías bien como vienen los niños. Además, el señor te amenazó con despedirte si no cedías y tú le entregaste allá en su propia casa: era un cuarto con muchos almohadones, con lindos muebles que tú dejabas brillantes, con retratos en marcos dorados colgados de las paredes, con una imagen de Cristo entronizado, con estantes con muchos libros de leyes.

Luego te echaron de la casa.

Tus padres se avergonzaron de tí ¡ay! y de mí! Volviste a la ciudad. Limpiabas pisos en otra casa. Limpíabas, y limpiabas y limpiabas. Yo fui creciendo en tu seno. Entonces alguna otra sirvienta, la cocinera, te habló de la sala de maternidad. De camino al hospital te desmayaste: la policía nos recogió. Horas más tarde lloraba a tu lado y tú no sabías, aún no sabes quién soy yo. En este cuartucho hediondo, sigues siendo pasto de la lujuria de los machos de la ciudad. En un rincón, metido entre chucucas sucias lloro, lloro... y tú no me comprendes, madre, no te comprendes, no comprendes la vida! ¿De dónde vine, dime, de dónde vine?

GULLIVER.